



## 5. El regreso

Había pasado un año desde que Kenko tenía el Crope. Todo en su vida había cambiado sin apenas darse cuenta. Las tareas que antes suponían un esfuerzo ahora las realizaba con satisfacción gracias a la esfera. Por fin entendía la importancia de todo lo que le rodeaba: la naturaleza, los animales, la familia, los amigos... A ellos debíamos nuestra existencia, y por tanto, debían ser amados y cuidados. Y para poder querer a los demás, también debía quererse y cuidarse a sí misma.

Como todos los años, en mayo realizaban una superexcursión al campo con los amigos de la facultad de sus padres y sus familias. Se juntaban para comer y disfrutar de la primavera en plena naturaleza y el sitio elegido solía ser un bosque con gran variedad de árboles y tupida vegetación. Se podían observar castaños, cerezos, enebros, fresnos e incluso sauces. Pero lo más divertido, eran las zarzamoras; siempre conseguían unos buenos cestos de moras negras mientras paseaban, con la idea de hacer después una rica mermelada, pero realmente nunca la llegaban hacer porque terminaban comiéndose las moras antes.

El campamento, con todo lo necesario para pasar el día, lo situaban bajo la sombra de unos hermosos árboles, junto a una pradera estupenda en la que luego jugaban al fútbol. Además, muy cerca se encontraba un río, no muy grande, pero que en esa época del año bajaba con mucho caudal debido al deshielo de las montañas.

Kenko estaba muy ilusionada con la excursión. Había muchos niños de su edad y estaba deseosa de contarles los deportes a los que se había apuntado en el cole. También le hubiera gustado poder hablarles de sus aventuras con el Crope, pero sabía que no debía contar nada de ese tema.

–Kenko, deberías llevarte el Crope. ¡A saber a qué hora volvemos!

–dijo Sagli.

–Sí, lo tenía pensado. ¿Al final has invitado a Tove?

–¡Pues claro! ¡Y a sus padres!

–¿Cómo? ¿No están de viaje?

–Pues no, Tove dice que sus padres se han dado cuenta de que no le prestaban mucha atención y ahora no le dejan solo ni un minuto.

–¿Y él cómo está?

–Pues encantado, dice que nunca había sido tan feliz porque a él le gusta mucho estar con sus padres. Yo creo que les echaba mucho de menos.

–¡Qué bien, estaremos todos juntos! –terminó diciendo Kenko contenta por la buena noticia.

Cuando llegaron al campo, y mientras los mayores preparaban la comida, algunos chicos, entre los que se encontraban Sagli y Tove, se pusieron a jugar al fútbol. Otros decidieron salir a pasear para explorar los alrededores.

Kenko se apuntó a esta expedición. Durante el paseo se mostró emocionada contándoles a todos qué tipo de árboles y flores estaban viendo, qué animales



habitaban allí y lo importante que era para todos proteger los bosques, y bla, bla, bla. No paraba de hablar.

Sin darse cuenta, llegaron hasta el río junto al que encontraron un hermoso castaño de grandes ramas. De repente Kenko notó un golpe en su cabeza. Al mirar al suelo para ver qué le había dado, vio que era una castaña.

–¡Qué raro, en esta época del año no hay castañas! –exclamó rascándose la parte de la cabeza en la que le había golpeado.

La pequeña miró a sus amigos por si alguno le había querido gastar una broma, pero de nuevo sintió otro pequeño golpecito, esta vez en la espalda. Un poquito enfadada miró hacia la copa del árbol y ahí estaban, subidas en lo alto, dos divertidas ardillas. La niña no les quitaba el ojo mientras fruncía el ceño algo molesta.

–¿Qué pasa, Kenko? –preguntó uno de los niños.

–Sonará un poco raro pero me parece que esas dos ardillas me han tirado unas castañas y ahora se están riendo de mí.

–¡Sí, claro! –dijo otro de los niños mientras soltaba una carcajada.

–¡No te rías! –dijo Kenko–. Los animales son como nosotros. Voy a subirme al árbol para ver si es verdad lo que digo.

Y mientras terminaba de decir la última frase, la niña se encaramó ágilmente por las ramas hasta estar cerca de las ardillas.



Los dos animales la observaban curiosos con unos ojos grandes y redondos, sin embargo, no se asustaron ante la cercana presencia de Kenko, al contrario, se quedaron inmóviles y no parecía que fueran a huir. La niña se iba acercando más y más a ellas, y al mirarlas detenidamente, algo le resultó familiar. ¿Y si su holograma estaba en el Crope? De pronto recordó que dentro de la esfera había visto una pareja de ardillas. La niña siguió avanzando por la rama y en su afán por tocarlas, tanto se estiró, que en un descuido se cayó al agua.

Kenko sabía nadar pero el río llevaba mucha corriente y la niña se vio arrastrada por ella. Todo se volvió confuso. Unos gritaban intentando ir por la orilla detrás de la pequeña y otros corrieron en busca de ayuda. Finalmente, Kenko logró agarrarse a una de las rocas que estaban en el centro del río y, cansada y aturdida, se sentó sobre ella. Para su sorpresa, vio a su lado cuatro simpáticas tortugas que estiraban el cuello hacia ella, como si quisieran preguntarle algo. Parecían asustadas y preocupadas por Kenko. Transcurridos unos minutos, y una vez que Kenko recobró el aliento, las cuatro tortugas se zambulleron en el agua. Al rato, Kenko observó en una de las orillas cómo las ardillas y unos cuantos conejos arrastraban un tronco. Detrás venían las tortugas.

Todos los animales unidos y con mucho esfuerzo consiguieron empujar el tronco hasta la roca en la que estaba Kenko. La niña, entendiendo la idea, se aferró a él y logró salir del río. Kenko se acercó cuidadosamente a sus salvadores para agradecerles. Mientras acariciaba a los conejos, una de las ardillas se subió a su hombro. Fue un momento maravilloso que nunca olvidaría. De pronto, se oyeron voces cercanas que hicieron huir a todos los animales.

–¡Qué pena! –pensó Kenko–. Le hubiera gustado estar más tiempo con sus nuevos amigos.

Las voces eran las de sus padres y amigos que habían llegado hasta donde estaba la pequeña. Todos corrieron a abrazar a Kenko y no faltó alguna regañina por su imprudencia.

–Desde luego hermanita, no se te puede dejar sola –le recriminó Sagli–.  
¡Menudo susto nos has dado!

–¡Chicos, ha sido muy emocionante! Los animales me han salvado, yo creo que me conocían –dijo Kenko contándoles lo sucedido.

–¿De verdad piensas que te conocían? –preguntó Tove.

–¡Que sí, que sí! Estoy casi segura de que sus hologramas están en el Croke.

–Me parece mucha casualidad –continuó diciendo su hermano– pero sería una explicación para lo que te ha pasado.

Estaban los tres compañeros de aventuras dialogando sobre lo sucedido cuando de pronto vieron una figura conocida que se iba acercando poco a poco. Era Artemisa. Los niños se miraron sorprendidos ante esa extraña visita. Pero, emocionados, corrieron hacia ella.

–¿Qué ha pasado?, ¿tenemos una nueva misión? –comentó Sagli.

–No, querido, he venido a por el Croke.



–¿Por qué? Lo he cuidado muy bien. Ya no se me escapa ningún holograma –dijo angustiada Kenko ante las palabras de la anciana.  
–Tranquila pequeña, ¡tú lo has hecho fenomenal! Precisamente por eso es hora de que el Croke ayude a otros niños.

–¡Pero yo lo necesito! –continuó diciendo Kenko.

–Verás, hoy se han cumplido todas las enseñanzas del Croke. Los animales te han salvado, porque cuando uno da amor a los demás, recibe también amor. No lo olvides. Los tres habéis evolucionado, habéis demostrado ser responsables, habéis aprendido a valorar y cuidar todo lo que os rodea. Ahora toca que otros niños aprendan lo mismos que vosotros.

–¿Y nunca más volveremos a verla? –añadió la niña con lágrimas en los ojos.

–¿Quién sabe? Yo a vosotros siempre os llevaré en mi corazón.

Después de varios abrazos de despedida, Kenko metió la mano en su mochila y sacó el Croke por última vez. Artemisa lo cogió con una amplia sonrisa y al instante desapareció.

Los tres amigos se quedaron un rato en silencio. Un pequeño vacío se había instalado en su corazón, sin embargo, comprendieron que ahora debían ayudar a los demás a entender todo lo que el Croke les había enseñado. La verdadera aventura comenzaba ahora.

## Fin

